

Andrés os servirá de estímulo, para atender con toda la intensidad de espíritu, al feliz resultado de tan importante asunto. Pidamos esta gracia por intercesion de la divina Madre, saludándola con el ángel. A. M.

PANEGÍRICO
DE SAN ANDRÉS AVELINO,

ABOGADO CONTRA LAS MUERTES REPENTINAS.

Quotidie morior... in Christo Jesu.
No hay día en que yo no muera para
asegurar mi gloria que está en Jesucristo.
(I Cor. 15, v. 31.)

Nada nos aterra tanto como una muerte repentina; y, ciertamente, es un acontecimiento tremendo que nos avisa de continuo, que la espada de la divina justicia está siempre pendiente sobre nuestras cabezas. Un golpe accidental, una caída casual, un susto repentino, una alegría desmesurada, una apoplejía, y otras tantas y tantas que el mundo llama casualidades, bastan para cortar en un instante el hilo de la vida. Por esta razón, y para que jamás pudiésemos alegar ignorancia, nuestro solícito y amante Maestro nos dijo: Estad alerta, porque cuando menos lo penseis vendrá el Hijo del hombre.

No ignorais, católicos, que un accidente apoplético arrebató de entre los vivos al bienaventurado Andrés Avelino, al tiempo de subir al altar para la celebración del incremento sacrificio de la misa. Más deseo sepais también, que la muerte temporal del cuerpo no le cogió de improviso; porque desde su infancia hasta aquel extremo de su vida, su única ocupación y anhelos se habían encaminado á morir cada día á sí mismo, para vivir siempre para Dios y en Dios.

Mientras que vamos recogiendo con atención escrupulosa, los datos que en la historia de Andrés Avelino comprueban la verdad de nuestra proposición; mientras que vamos describiendo la solicitud continua del bienaventurado varón, en conservar en sus manos pura, viva y refulgente la lámpara de la caridad, para el crítico momento en que llamase á la puerta el celestial Esposo, no dudó que sonando al oído de vuestro corazón aquellas palabras: *Bienaventurado aquel que fuere encontrado velando cuando su señor llegare*; el ejemplo de

Aquella espantosa palabra, *morirás*, con que fué conminado el hombre por su Hacedor si infringía la orden que le había impuesto, no solo debe entenderse de la muerte corporal, sino también de la del espíritu por la pérdida de la gracia. Esta muerte, es el delito; aquélla la pena de él. Mas no quiso la bondad de Dios que con ambas muertes, quedando sin remedio, fuese completo el triunfo de Lucifer, su autor. Tanta es la misericordia del Señor, que en el momento mismo en que estaba airada su justicia, recién cometido el delito, en el momento mismo en que impone castigos á la prevaricación, consueta al delincuente, prometiéndole otro árbol, otro fruto, que, en contraposición á los que habían ocasionado la ruina y muerte del hombre, le levanten, y le vuelvan á la vida. Tales son el madero de la Cruz, y el que víctima de dolores muriendo en ella, con sus llagas y merecimientos, puso en las manos del primer pecador y de todos sus descendientes, una medicina radical, que, restituyendo en el alma la vida de la gracia, hizo germinar en el cuerpo la simiente incorruptible para la eternidad. Pero, hermanos míos, como una y otra vida en su raíz son el fruto inmediato de la muerte de Jesús, su conservación, progreso y complemento son también el fruto de otra muerte llamada mística, que consiste en la crucifixión de la carne con sus vicios y concupiscencias, funesto resultado de la pérdida de la gracia original; para que, extirpados los retoños del árbol de muerte, viva el alma de la vida de Dios, y en el último trance se reanime el cuerpo con la sólida esperanza de que, si por un tiempo ha de dormir en el seno de la corrupción, recibirá una existencia nueva y gloriosa en el día de la resurrección universal. ¡Dichoso el que penetrado de estas ideas, trata seriamente de la reforma del corazón inficionado con las pasiones! ¡Más dichoso el que, desde el uso libre de sus facultades, se consagró al ejercicio de la mortificación de todos los deseos del viejo Adán! ¡Soberanamente feliz el que tan luego como conoce su existencia, ya por un impulso superior dá muestras de pertenecer al corto número de los hijos de predilección!

Tal es católicos, Andrés Avelino. Sumergido en las aguas del bautismo, en el cual le dieron el nombre de Lanceloto, quedaron anegados con él los tres capitales enemigos, recibiendo de una manera

singular los frutos de la crucifixión, muerte y sepultura de Jesús. Bastante dió á conocer la santa libertad adquirida por aquella inmersión, cuando aún en fajas y mantillas formaba sobre el pecho la señal de la Cruz, claro indicio de que clavada la carne con sus vicios y concupiscencias, viviria el espíritu de la vida del Crucificado. Todos los pasos de Lanceloto, todas sus acciones, desde que la lengua, tartamudeando, comienza á expresar los sentimientos del corazón, llevan la marca de una alma sepultada con Cristo en Dios. En una edad en la cual el entendimiento no puede darse cuenta de ello, permanece el niño recogido en su interior, ocupado en la meditación de las cosas celestiales. Nada le entretiene sino lo que tiene relación con Dios inmediatamente, ó puede contribuir al bien espiritual de los niños de su edad, á los cuales instruye en los misterios de la religión; destinando todo el tiempo que le sobra del estudio de las primeras letras, ó á la asistencia á los sacerdotes en el santo sacrificio de la misa, ó á las funciones piadosas, ó á la educación cristiana de los niños, ó al retiro en las iglesias ménos frecuentadas; consagrandole de esta manera los primeros albores de su razón á la luz increada, para cuyo goce en la eternidad hace el sacrificio continuo de su existencia temporal. Con estos antecedentes ¿quién dudará, señores, que el Espíritu Santo había tomado á su cuenta la dirección inmediata de este niño privilegiado? Hermanadas en Lanceloto prendas naturales y de gracia, si procuró dar á éstas el mayor riego posible, no descuidó el fomento de las primeras. No entra en mi plan la descripción de sus adelantos en la literatura y ciencias eclesiásticas; pero sí los triunfos que alcanzó con estas armas del enemigo común y de sí mismo; confundiendo así á los que no saben conciliar las luces del entendimiento con los sacros ardores del corazón, y sirviendo de modelo á los que en la edad más peligrosa de la vida no sostienen el temor santo de Dios.

Cubierto Lanceloto con este escudo, guarda de la inocencia, pasa á Sena para dedicarse á los estudios mayores. Esta nueva tarea y su asidua aplicación no servirán de estorbo á sus prácticas de piedad. Mucho más necesario juzga este reparo de las fuerzas espirituales, á fin de que no se disipe el interior, y pueda sostenerse en el empeño de conservar las pasiones bajo el yugo de la mortificación. Contiene en estrecha custodia todos los sentidos, evita toda relación, no solo peligrosa, sino también inútil; recibe con frecuencia el Pan de los ángeles. Avigorado el espíritu con tan sólido manjar, quita á la carne sus bríos naturales con duras maceraciones. ¿Qué podrá temer provisto de armas tan poderosas?

Creyendo que el hábito clerical y su profesión santa, son una salvaguardia para evitar los escollos del siglo, indeciso ántes en la carrera que debía tomar, resuelve ahora abrazar aquel estado, cortándose los cabellos y vistiéndose la sotana y manto de tristeza. Con esta nueva consagración, reconociéndose obligado á emplear sus talentos en utilidad de la Iglesia, dá principio á sus tareas apostólicas por un ejercicio de la mayor importancia para la salvación de las almas; aunque el más humilde y molesto entre las funciones del ministerio sacerdotal. Los niños, de cuya instrucción y enseñanza pende en gran parte la frondosidad y hermosura del jardín de la Iglesia, roban la atención primera de Lanceloto. Enarbola el estandarte de la Cruz para arraigar bajo la sombra de este árbol de vida aquellas tiernas plantas, regándolas con los ruidimientos de la religión y fomentándolas con los ejercicios de piedad.

La villa de Rocanova se complacia en el plantel que iba formando en su seno el virtuoso catequista, augurando los incalculables frutos que produciría llegado á sazón. Pero el *hombre enemigo*, ya que por entónces no podía sembrar la cizaña, ni adormecer la vigilancia del laborioso apóstol, por medios indirectos logró apartarla de su empeño, y cegar la fuente que regaba aquellas tiernas plantas. Inspira á la madre de Lanceloto pensamientos de vanidad, que le prometan carrera más brillante y ventajosa para su hijo, si dedica el tiempo que consagra á la instrucción de los niños al estudio de la jurisprudencia, que abre el paso á pingües destinos. Miras tan terrenas no podían mover el ánimo humilde y desprendido del santo jóven, ni ménos retraerle de un empeño, en el cual muy de cerca se interesaba la mayor gloria de Dios; lo que le hace variar de propósito es, su amor y condescendencia á la que le había dado el sér. La universidad de Nápoles recibe entre sus alumnos un talento extraordinario y un héroe de la religión en la persona de nuestro Lanceloto. Lo conoció aquella muy en breve, admirando en él la aplicación continua al estudio sin disminuir las prácticas de piedad; su profundo recogimiento y su expedición y soltura en los ejercicios literarios; sus progresos en la ciencia de los santos, y la velocidad con que llega al término de la carrera. Es condecorado con la borla de doctor en ambos derechos: abre escuelas para enseñar ambas facultades, despues de haber ascendido al sacerdocio; y emprende el sostenimiento de las causas que se fian á sus talentos y probidad, limitándose en el fuero eclesiástico, como está prevenido por los sagrados cánones.

El que no tuviere formada una idea cabal de las distracciones que llevan en sí mismos los negocios que se ventilan en el foro, del lar-

go tiempo que ocupan, y de la atención que exigen, no pueden conjeturar el fondo de virtud que debía sostener el espíritu de Lanceloto, para no desistir del constante empeño en la santificación de su alma, ni de la violencia con que en todos los momentos tendría que luchar con las pasiones, cuyo veneno, cuando ménos se piensa, se introduce en las acciones mismas de obligación y de justicia. Progresaba, sin embargo, en la muerte mística del espíritu, mientras que sostenía las causas de sus clientes; vivía en Dios metido en la baranda del siglo: era santo y abogado á un mismo tiempo. Pero, al paso que su fervor y fidelidad á las inspiraciones de la gracia le sostienen en el difícil camino de la abnegación, no desconoce los graves inconvenientes que lleva consigo la carrera que emprendió, para conservar la paz del corazón y el sosiego de las potencias en la unión íntima con Dios. Para este gozo divino, fruto de la muerte del viejo Adán, le tenía preelegido el Cielo; y el Cielo, que perfecciona sus obras con eficaz suavidad, permite en el religiosísimo abogado un leve desliz, que será reparado con heroicos hechos de perfección.

Es bien sabida, señores, la falta en que cayó Lanceloto, para asegurar el feliz resultado de una justa demanda que llevaba entre manos. Faltó á la verdad, aunque sin daño del prójimo; pero ¡dichosa mentira, que, ligándole interinamente con una culpa venial, rompió los lazos que le tenían atado al siglo! ¡Dichosa mentira, que, interrumpiendo por algunas horas el curso de la perfección, dió motivo para que, extendiendo las alas de su fervor, llegase con mayor rapidez al término de la perfecta abnegación de sí mismo! ¡Dichosa mentira, que dió á la religión teatina tan excelso varón, y al cielo de la Iglesia tan esclarecida lumbrera! «Boca que miente mata al alma.» ¡Qué golpe para el corazón de Lanceloto esta sentencia, que el Espíritu Santo, su autor, le presenta sin que él la buscara! Lanceloto, cuyo empeño, desde la infancia, no había sido otro sino destruir en su alma todos los restos de la culpa original, verla herida con una llaga no involuntaria! ¡qué dolor!... Huye el sueño de sus párpados; le es molesto el descanso; dura la cama, que humedece con sus lágrimas; eterna la noche, y ansia desahogar su corazón á los pies de su confesor, el bienaventurado Juan Marinonio, digno hijo del gran S. Cayetano. Calmada su delicada conciencia con la gracia de la reconciliación, fruto de sentidas lágrimas, ¿cuál pensáis, católicos, había de ser la resolución que tomase? ¿Renunciar por cierto un oficio, que absorbiéndole la mayor parte de las horas y cargando su mente de ideas, le impedía fijarse constantemente en Dios, y que había abierto en su alma tan sensible herida? Así lo verifica en el

mismo día. Estás libre ¡oh Lanceloto! de las distracciones y riesgos que ponían en tortura tu espíritu. Triunfaste de la carne, del mundo y de la codicia; pero mayores sacrificios espera de ti el Cielo para que subas al heroísmo de la meditada consagración.

En otra carrera entra Lanceloto, no tan peligrosa como la que ha abandonado, pero más fecunda en ocasiones para llevar á su término la muerte de sí mismo. Ni la extensión de sus conocimientos en las materias eclesiásticas, ni su celo por la salvación de las almas, ni su prudencia en la expedición de negocios, ni otras prendas sacerdotales de que le había dotado el Cielo, permitían que, con el fin de atender exclusivamente á su santificación, tuviese ociosos los talentos. Para que los ejercite en utilidad propia y ajena, le dá impulso Marinonio, aconsejándole que emprenda la curación de los pecadores, y el sostenimiento de la vida de los justos, en el tribunal de la penitencia. El nombre solo de este ministerio lleva consigo la idea de martirio. Lo es, efectivamente, para los que animados del espíritu del sumo sacerdote Jesús, desean hacerse víctimas por la salvación de sus hermanos. Para los que no tienen conocimiento experimental del peso y trascendencia del uso de las llaves de la Iglesia, serviría de poco que entrásemos ahora en los pormenores que acreditan el continuo holocausto que hacia Lanceloto del tiempo, de la voluntad, de las inclinaciones, del natural, de la salud y de su existencia en una tan penosa tarea. Un rasgo solo de su heroicidad en este punto pondrá en claro el cúmulo de vencimientos, con que en el ejercicio del ministerio de la penitencia, perfeccionaba la muerte misma del corazón.

Relajado por todos estilos un monasterio de religiosas de Nápoles, el mal olor de sus escándalos se había esparcido por toda la ciudad, sin que el celo y vigilancia de los prelados hubieran podido contener tanto mal. Apurados ya todos los recursos de suavidad y de rigor, pone el reverendo obispo los ojos en Lanceloto, fiando á su prudencia y virtud tan desesperado negocio. Con placer acepta el religiosísimo varón el encargo, previendo la cosecha de trabajos y sinsabores que se reuniría en su alma. No do frente, así lo exige la prudencia, el nuevo confesor lucha con la relajación. La magnificencia del templo y el aparato del culto exterior despiden del alma pensamientos vanos de la tierra elevándola á los del Cielo; y amplía la iglesia del convento; aumenta y dá mayor tono á las funciones sagradas y á la celebración de los sagrados oficios; ensancha los recintos del monasterio, para que con este desahogo apetezcan ménos la libertad del siglo. Con crecidas limosnas que recoge de los pu-

dientes, atiendo á las necesidades, cortando las causas y pretextos que mantenian relaciones peligrosas. Repara y dá mayor elevacion á los muros del convento, obstruyendo las brechas, para contener toda infraccion de la clausura. La malevolencia y persecucion de los extraños, que tenian interés en que no se restableciese el órden en el monasterio, causaron un martirio espiritual á nuestro Lanceloto. Irritados le tienden lazos, le acechan, le dán tres estocadas, una de ellas mortal. ¡Oh víctima de la gloria de Dios y del honor de las que se consagraron á su servicio! Regresa al monasterio, y enseñando las heridas y la sangre, dice á las religiosas: Me he desvivido para asegurar vuestra subsistencia y vuestra honra: he velado día y noche, no omitiendo coyuntura en la cual os pudiese inspirar el amor hácia el que os escogió por esposas suyas. Mi vida, desde que pusieron á mi cargo vuestra direccion, ha sido una inmolation continua del cuerpo y del espíritu. Estas heridas, y la sangre que fluye de ellas, son el sello más auténtico de mi sacrificio.

Retírase en seguida en la casa de S. Pablo de Nápoles, no con otro objeto que el de curar las heridas que habia recibido; y oliendo de cerca la fragancia de las virtudes que adornaban aquel jardin de Cayetano, cuyos hijos le asistian y cuidaban, toma la resolucio de agregar á ellos, tomando la sotana. Ya corrían nueve años desde el fallecimiento de su santo fundador, sin que las lágrimas hubiesen dejado de bañar los ojos de los que habian gozado de la compañía y ejemplo de su esclarecido patriarca; pero se las enjuga el día en que se les asocia Lanceloto, cuya presencia llenaba el gran vacío abierto desde aquella pérdida: tan parecido le era en humildad, en confianza, en caridad para con el prójimo, y muy particularmente en amor á la Cruz, escudo de armas de la congregacion Teatina. Enamorado de aquella señal de la crucifixion y muerte á que aspiraba desde sus primeros años, y tomando por patrono y modelo en el nuevo estado al santo apóstol, que con más cariño saludó al árbol de vida en cuyos brazos iba á inmolarse, trocó su nombre de Lanceloto en el de Andrés. Padecer y morir son desde ahora los incesantes afectos del corazon de Andrés: afectos que afianza una série extraordinaria y nunca interrumpida de acciones dirigidas exclusivamente á acabar con este cuerpo de muerte, y con todos los restos que el espíritu heredó del primer prevaricador. Como si anhelára la consuncion de la carne, antes que llegase el día de ser entregada á la voracidad del sepulcro, se convierte en su atormentador y verdugo.

¿Qué alimento le dá? No el pobre y escaso de la comunidad. Sería para él un regalo. No el de un infeliz pordiosero. Los restos de la

mesa de un pudiente, ó de la casa en donde vive Andrés, conservan resabios de su condimento primero. Los repugna su severa mortificacion, complaciéndose con un plato de legumbres cocidas para ocho días; con los mendruguillos de pan duro que habia servido á sus hermanos; con las yerbas que, por inútiles, desechó la mas rigida pobreza. ¿Cuál es su vestido? En el exterior el más usado y raído: en el interior, zurcidos; y con remiendos de varios colores, que cuentan más de veinte y seis años. ¿Qué tiempo concede al descanso? Cuatro horas escasas, sin quitarse la ropa interior, y muchas veces tendido sobre el duro suelo. ¿Es vida ó muerte, señores, la que lleva Andrés?

Mientras que el peso de la mortificacion ahogaba la carne, el celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas consumia el espíritu. ¿Qué motivo, que pretextó, qué causa es capaz de contenerle, cuando se trata del bien espiritual de sus hermanos, aunque sea con evidente peligro de su salud propia y aún de su misma vida? Ninguna. Ya le calen las lluvias, ya las nieves le dejen verto, que le abrasen los ardores del sol, que sufra récias enfermedades, no se detendrá un momento mientras se trate de dar la mano al que vá á caer, ó de levantar al pecador del lodazal de las culpas. Víctima de su caridad, enferma con el que espiritualmente enferma, muere por el que ha perdido la vida de la gracia, hace el sacrificio de su temporal existencia, para que no pierda un hermano la que ha de durar siempre. Grande sacrificio, pero no tan heroico, como el de privarse en su recogimiento de la dulce suavidad en que se hallaba María á los piés del Salvador. Atraía poderosamente á nuestro Santo la dulcedumbre de la mística tranquilidad; pero Andrés, que nada apeteció sino morir á sí mismo, ya movido de su celo, ya dirigido por la obediencia, se abandona sobre la tabla de la Cruz, dejándose gobernar por la mano del Señor en el tempestuoso mar de las vicisitudes, correrías, incomodidades, peligros, contradicciones, que batan continuamente al varon apostólico.

Agitado sin cesar por varias comisiones que se le confian, de Nápoles corre á Milán, de Milán á Plasencia, de Plasencia otra vez á Milán; de esta ciudad á Nápoles, de Nápoles á Roma, con el encargo de dirigir varias casas de la Orden, de fundar otras, ó de vigilar sobre la reforma y sostenimiento de la disciplina regular de varias provincias, nombrado al efecto visitador por tercera vez. Cincuenta años se le pasaron en esta solicitud pastoral, permaneciendo siempre en su ánimo tranquilo, igual, recogido, manso y constante en el método de vida que habia adoptado en su ingreso en la religion. Con-

tad; si es posible, y maravillosos del crecido número de sacrificios con que Andrés menguaba cada hora la vida del amor propio y de la propia voluntad. Los admiraban cuantos tenían la honra y la fortuna de tratarle, faltándoles palabras para elogiar en Andrés tanta crucifixión interior y tanto fervor, en medio de tantos viajes y negocios; solo Andrés, muerto á sí mismo, no conocía su mérito, é ignoraba el valor de sus sacrificios.

Anuncia lo futuro; descubre á sus penitentes lo más reservado que tienen en el corazón; obra milagros; canta y reza con los espíritus bienaventurados; recibe de las manos de la divina Madre el niño Jesús. Tanta gloria, ¿qué impresión causa en el corazón de Andrés? Ninguna; nada siente; está muerto á todo movimiento de vanidad. Se reputa á sí propio como su mayor enemigo; como tal se ha mirado siempre, velando de continuo sobre su persona. Cuantos sacrificios ha hecho hasta el presente, han sido otros tantos golpes para dar muerte á la sensualidad.

Entre innumerables disposiciones con que procuró sofocar en su pecho toda propensión al mal, ó incitar su corazón á progresar en todo género de perfección, dos son las que admiran los siglos y que forman el carácter especial de la santidad de Andrés Avelino. Con una de esas disposiciones pone trabas sagradas á la voluntad, para que no esté expuesta al mal, y contenerla; con la otra dá alas al corazón, para que vuele incesantemente hácia lo más encumbrado de la perfección, esquivando de esta manera inclinaciones no nacidas de Dios, y fomentando las que se originaren de tan purísima fuente. Tales son los votos con que se ligó de estar siempre en pugna con su propia voluntad, y de adelantar por momentos en la carrera de la perfección. Tenemos, pues, justificada nuestra proposición que sirve de tema á este discurso, á saber: «desde la infancia hasta el extremo de su vida, el bienaventurado Andrés dirigió su ocupación y anhelos á morir cada día á sí mismo, para vivir siempre en Dios y para solo Dios.»

Como acabais de ver, católicos, la vida de nuestro glorioso Avelino fué una continua é inmediata preparación á la muerte. El Cielo, que avigoralta con nuevas incrementos de gracia las heroicas resoluciones de su siervo, tenía contados los días en cuyo término había de quedar consumado el sacrificio que le merecería el colmo de gloria y de honor. A la edad de ochenta y ocho años, habiendo predicho su muerte dos años ántes, se vistió un día, que fué el 10 de noviembre, con los ornamentos sacerdotales para ir á celebrar la santa misa. Se llegó hasta el altar, apoyado en un hermano de la Or-

den que le iba á servir de acólito. Lleno de un fervor celestial, las mejillas sonrosadas de amor divino, comenzó el introito, y al decir la segunda vez: *Introito ad altare Dei*, un accidente apoplético le cortó el hilo de la vida, y fué llamado á entrar en el gozo de su Señor.

Amados míos en el Señor, esta muerte del bienaventurado Andrés Avelino no debe llamarse repentina. Designese con tal nombre la del pecador, siempre imprevista; no la de Andrés, cuya vida fué una continua disposición para aquel último trance; no la de Andrés, quien por cartas la participó anticipadamente á sus amigos; no la de Andrés, quien visitó por despedida á varios deudos dándoles la última bendición; quien dobló el día ántes la limosna á una pobre mujer, á la cual socorria diariamente. Imitando sus virtudes, ambicionemos la paz que precedió y acompañó al feliz trance de Andrés; y muriendo como él, cada día aseguremos la vida que durará por eternidades. *Amen.*

PANEGÍRICO
DEL SANTO ANGEL CUSTODIO Ó DE LA GUARDA.

Angelus tuus mandavit Deus de te, ut custodiatur te.

Mandó á sus ángeles que cuidasen de ti.

(PSALM. 90, v. 11.)

Contigo hablan estas palabras de amor, de seguridad y de consuelo, hombre flaco, débil, pecador y miserable. Alienta la esperanza, vistete de fortaleza, no te amedrenten los peligros de que está sembrado el mundo, porque Dios ha mandado á sus ángeles que te guarden en todos tus caminos. A su sombra caminarás seguro sobre el áspid y el basilisco, y conculcarás al leon y al dragon: tu flaqueza, tu debilidad y tu miseria recibirán un firme apoyo al abrigo de estos valientes brazos encargados de tu amparo y proteccion. Gracias sean dadas á la piedad y largueza del Todopoderoso, que destinó del sòlio de su gloria estas sublimes inteligencias, estos escuadrones armados á la defensa del polvo y de la nada. ¡Qué dignacion! ¡Qué bondad de parte de nuestro Dios! ¡Qué felicidad! ¡Qué dicha de nuestra parte! El artífice conoció desde luego la inconstancia de la obra que salió de sus manos; conoció la fragilidad del barro que nos compone; se acordó que somos polvo, que nuestros dias son como el heno y como la flor del campo; que la propension del hombre está dirigida al mal desde su adolescencia; y que la vida que vivimos es una continua guerra, sin que haya un momento de treguas ni de armisticio, todo combates, todo estragos, todo horrores; conoció que los enemigos eran violentos, sus fuerzas poderosas, su ataques empeñados, sus astucias y sus tramas llenas de dolo y de malicia; por una parte, objetos alicientes, pasiones lisonjeras, ocasiones reshaladizas, manzanas que convidan con su hermosura, bocados dulces; por otro lado, enemigos invisibles, pero formidables, potestades de las tinie-

blas, furias desatadas del abismo, espíritus astutos, malignos. Pero ¿acaso Dios, que es rico en misericordia, abandonará su propia imágen y el retrato de su belleza al odio y furor de sus contrarios? No hermanos míos, su providencia adorable hallará el medio oportuno á la seguridad de la humana flaqueza.

Si, oyentes, le halló efectivamente el más apto á los designios de su bondad, en el santo Angel de la guardia, que destinó para defender al hombre. ¡Oh infinita bondad la de mi Señor y mi Dios! ¡hasta qué punto llegó la fineza de su cuidado y de su amor con el hombre! No fué bastante criar los cielos y la tierra para su servicio y regalo; no fué bastante darle la ley escrita con su divino dedo, para que meditase los estrechos lazos que le unian con el mismo legislador; la misma pasion y muerte, la cruz y la sangre del Cordero no fueron bastantes para fijar su atencion; se dignó darle un despertador continuo, que avisase la memoria de estos beneficios; un predicador incesante, que clamase al oido de su alma; un censor severo, que no disimulase sus faltas; una voz interior oportuna y eficaz, que arguyese, que rogase, que reprendiese, que increpase con toda paciencia y dulzura; en fin, dióle un tutor apasionado, que tomase á pecho los intereses de su pupilo. Este despertador, este predicador celoso, este censor incorrupto, esta voz de verdad y desengaño, y este personaje excelentísimo es el Angel de la guarda, dado á cada uno de los hombres por providencia de Dios para nuestro consuelo, seguridad, defensa, amparo y salvacion. De este santo Angel vengo á hablar esta mañana; quisiera satisfacer los deseos del devoto auditorio; pero todos saben, que para hablar de un ángel es muy desproporcionada la lengua y la facultad de un hombre. Para decir algo en materia tan sublime reduciré el elogio á dos puntos capitales: el Angel custodio es nuestro protector en la vida, es nuestro protector en la muerte; nos defiende mientras vivimos, nos delenderá al morir, y Dios nos le ha dado para que nos guarde en todos nuestros caminos. Nada más. A. M.

El hombre vive poco tiempo, y este poco tiempo que vive está lleno de males y de miserias. La ignorancia y el pecado le siguen á todas partes como sombra inseparable. Un entendimiento obtuso, una voluntad viciada, un espíritu sumergido en la carne, unos sentidos embotados, unas potencias y facultades dominadas de una inercia fatal para lo bueno; hé ahí todo el caudal de su herencia. Los peligros en que vive son tantos como los pasos que dá, sus consejos menguados, los reverses del mundo continuo é inevitables, imminentes los

precipicios del alma; y de tal suerte enlazados, que apenas puede obrar sin manifiesto peligro de perderse. Por todas estas razones indispensables, destinó Dios los ángeles á la guarda de los hombres, como ayos que los acompañan, como pedagogos que los advierten, como maestros que los disciplinan, y como muros que los defiendan. Desde que el hombre abre los ojos á la luz hasta que los cierra para siempre á este mundo visible, no hay hora, ni momento, en que el ángel no le acompañe. Oyendo misa, ó asistiendo al santo templo, tiene el ángel á su lado, que se complace de su devoción y piedad; descansando en el lecho de las fatigas diarias tiene el ángel á su lado, despierto centinela, para que nada le impida la dulzura y tranquilidad del sueño; si camina, si trabaja, si estudia, si navega, si pelea en la tierra y en el mar, en la calle y en la plaza, en poblado y en desierto, siempre tiene á su lado á este santo ángel, á cuya penetración no se escapa el más mínimo movimiento, como que ha de responder de su conducta.

Y ¿cómo podré yo explicar los oficios del ángel á favor de esta alma recomendada? Oficios de ternura, como de madre; oficios de humanidad, como de amigo; oficios de cariño, como de esposo; oficios de amparo y valimiento, como de solícito protector. En los patronos del mundo muchas veces faltan medios para favorecer á sus dependientes, y todos sus conatos paran en estériles veleidades y en fallidas esperanzas. ¿Sucedirá así con el ángel? No hay peligro. A este protector excelentísimo ¿le faltará el conocimiento y el tino para dirigir al hombre? Pero nó, que es él un espíritu dotado de altísima sabiduría; su entendimiento no es capaz de error, de falsedad, de ilusión, ni de sombra de ignorancia. ¿Acaso le faltará el poder para proteger al hombre? Pero nó, que él es un lugarteniente del supremo Monarca del universo, con ámplios poderes y facultades sobre los cielos y la tierra. ¿Acaso le faltará el amor para consolar al hombre? Pero nó, que su pecho inflamado en la hoguera de la caridad esencial no respira sino ardores. ¿Qué le faltará al ángel para beneficio del hombre? La voluntad de Dios es la suya: la sabiduría de Dios reverbera en su mente como un espejo terso: el poder de Dios está sustituido en el ejecutor de sus órdenes; y él es el plenipotenciario que trae á la tierra los despachos y voluntades del Cielo. Un ministro tan autorizado y distinguido, empeñado en cumplir airoosamente el encargo de su Señor, ¿qué no hará en gracia del sugeto sometido á su cuidado? A todas horas le vereis solícito, proveyendo á nuestras necesidades con empeño vigilante.

Las historias sagradas y eclesiásticas me presentan una nube de

ejemplares, en que el santo Ángel de la guarda ha manifestado su tierno amor con sus favorecidos, y ha hecho las veces de médico, de abogado, de guía, de mensajero, de correo, de hortelano; ¿qué sé yo?. A Tobías, el mozo, le defiende de la bestia marina que estaba para tragarle; al padre le esclarece los ojos y restituye la vista; á Lot le salva del incendio de Sodoma; á la afligida Agar la provee de un caño de agua viva para el moribundo Ismael; á Elias le protegé contra las iras de Acab y de Jezabel y le trae el pan del Cielo para que no falte; á Daniel le libra de la raba de los leones; á los niños de Babilonia del ardor de las llamas; á... Pero ¿á qué me canso, y á qué acumulo una erudición, que se encuentra en cada página y en todos los escritos y libros de los santos? Confieso que no todos reciben estos favores sensibles de la mano del ángel, porque no todos los merecen; pero ¿habrá alguno, por más ingrato que sea, que no los reciba en lo interior de su alma? ¡Ah! hermanos míos, y ¿qué campo tan ameno se ofrece á mi fantasía, y qué materia tan vasta al desahogo de la piedad y de la elocuencia! Santas inspiraciones, tiernos afectos, impulsos devotos, toques del corazón, remordimientos de la conciencia, disgusto del mundo, todo lo bueno que el hombre ama, todo lo malo que el hombre odia, ¿qué otro maestro lo enseña, lo persuade, lo patentiza y lo demuestra sino el santo Ángel custodio, que es el consejero incansable y el avisador oportuno? Yo no le veo con los ojos del cuerpo, pero le veo con los ojos del alma; la voz enérgica, que me habla y estimula á la santidad y perfección de mi estado, no dado que es la de mi ángel, que clama, que solicita mi bien y mi santificación.

¡Oh! si los hombres prestasen oídos á las grandes verdades y celestial doctrina que se enseña en la escuela del Ángel, ¿cómo sería posible que así se cegasen, se alucinasen y se perdiesen? ¿Cómo sería posible que el vicio los arrastrase, que el mundo los inflatase, que la carne los envileciese, que el demonio los dominase? ¿Cómo sería posible que oyendo la voz del Ángel que amonesta, que reprende, que amenaza, que representa el pecado como un monstruo, la soberbia como una hidra de cien cabezas, la venganza como una fiera irritada, la injuria como un sepulcro hediondo, la envidia como una vibora que despedaza las entrañas, el estado de la culpa como un abismo profundo sin resquicio de luz ni de claridad; cómo sería posible, digo, que el hombre corriese desolado á ser pasto de esas bestias infernales, y por sí mismo buscarse el precipicio, la ruina, la perdición, no abrazara la doctrina saludable del director que le rige? Mientras que Alejandro siguió la voz de Aristóteles, su maestro, no

se vió tiranizado de las pasiones; mientras que Neron siguió las instrucciones de Séneca, conservó una moderación envidiable; mientras que Trajano siguió los reglamentos de Plinio, no traspasó las leyes de la equidad; pero al punto que Alejandro, Neron y Trajano se gobernaron por sí mismos, escucharon las voces lisonjeras del amor propio, y sacudieron el yugo de la ajena disciplina, dieron en mil escollos, é hicieron patente al mundo, hasta dónde llega la flaqueza del hombre, si no es sostenida de un poderoso brazo. Nosotros sabemos, que el de nuestro Angel custodio es invencible á todas las fuerzas unidas; que nó prevalecerán los enemigos del cuerpo ni del alma, mientras estemos protegidos á la sombra de sus alas; que el mundo se hunda, que el cielo se desgaje, que brome el dragon, que tiemble todo el infierno; el Angel custodio sale fiador de nuestro amparo y defensa. Si el mundo nos convida con sus promesas, si la carne nos solicita con sus halagos, si las ocasiones inducen, si los objetos atraen, si el mal ejemplo provoca, si el demonio instiga y tienta; acójámonos á los consejos y á la proteccion del Angel; él será nuestra defensa en todos los peligros de nuestra vida y tambien lo será en la hora de nuestra muerte.

En la tutela y curaduria del hombre, por lo que respecta al cuerpo, solo dura el oficio de tutor y curador un tiempo determinado, hasta que pueda gobernarse por sí mismo y disponer de sus acciones. Pero no así en el pupilaje y minoria del espíritu: siempre es el hombre pàrvulo, débil, enfermo y desvalido, y siempre necesita de ajena mano que le dirija, y de un mayordomo fiel que le gobierne. Cuanto más se acerca al sepulcro, más se agrava su flaqueza, y más cuerpo toman los enemigos que le combaten. No quisiera traerlos á la memoria circunstancias tan lúgubres, momentos tan tristes, hora tan afflictiva como lo es la de nuestra muerte; pero ello es indispensable, hemos de morir, y no hay al mismo tiempo mayor freno á nuestros desórdenes y extravíos que la imàgen viva de un moribundo. ¡Qué angustias no le rodean por todas partes! ¡Qué temores no le asaltan! ¡Qué congojas no le oprimen! En el cuerpo, violentos parásitos, agudos dolores, síntomas mortales, penosos quejidos, suspiros, ayes y penas; en el alma, remordimientos interiores, recuerdo vano de lo pasado, representacion funesta de lo venidero, sobresaltos continuos, sujeciones del demonio, temores de la cuenta, acusaciones de la conciencia, idea clara del pecado, multiplicidad de culpas cometidas; el Criador ofendido, su ira provocada, su paciencia apurada, su sangre pisada, sus beneficios desconocidos, su juicio olvidado, su gracia desmerecida é indignado todo un Dios. ¡Qué hor-

ror! ¿Quién me librará de este cúmulo de opresiones y de angustias? Acudid, santo Angel de mi guarda, que me cercan por todas partes las olas hinchadas del mar de la tribulacion, y las ataduras de los pecados me ciñen y me ahogan sin dejarme respirar. Hermanos míos, yo no puedo disimular los motivos de temor que asaltan á los mortales en aquella hora tremenda; pero tampoco puedo omitir los motivos de consuelo que animan su flaqueza. El alma, en aquellos momentos críticos, es una nave combatida de furiosos huracanes, es verdad; pero lleva consigo un diestro piloto, que la sostiene y no la deja estrellarse; es una plaza que padece un obstinado sitio y se ve amenazada de su último exterminio; pero tiene dentro un defensor aguerrido, que inutiliza y arruina las obras avanzadas de sus contrarios. Como quiera que se considere el hombre en aquella hora, ó azotado como una nave, ó sitiado como una plaza, el Angel de su guarda queda responsable de la defensa, y sale fiador de la seguridad de aquél. El mismo demonio, cuyo nombre solo hace temblar á los mortales, se estremece á la presencia del Angel y al ver la espada fulminante de su invencible brazo.

Va está abierta la palestra; hermanos míos; acercaos al lecho de un moribundo y vereis los lances de la contienda. El demonio y el Angel combaten brazo á brazo y pecho á pecho. ¡Triste situacion del alma en aquella hora, en que partidos contrarios intentan como despedazarla y llevarla para sí! el uno para ganarla, el otro para perderla; el uno para hacerla feliz, el otro para hacerla miserable; el uno para depositarla en las manos de Dios, de quien la recibió, el otro para sumergirla en el estanque de fuego en que él yace sepultado. El demonio, enemigo declarado del hombre todo el curso de su vida, en aquellos últimos momentos, echa el resto al furor de su saña, estrecha los ataques, y no deja piedra por mover para la ruina de aquél. El Angel, tutor de la pobre alma y ansioso por su bien, redobla sus cuidados; acrecienta sus desvelos, persuade, insta, solicita, y no pierde un punto de tiempo para su desengaño. El demonio oprime el corazon con la imàgen de la justicia divina; el Angel le dilata con el retrato de la infinita misericordia. Siempre pronta á perdonar al pecador reconocido. El demonio incita á total desconfianza y á una horrible desesperacion; el Angel ensancha el pecho, y muestra llanos y fáciles los caminos de la salvacion y de la vida eterna. El demonio objeta la muchedumbre de los delitos que no merecen perdon; el Angel opone el precio de la sangre de Cristo, que se derramó por todos. El demonio abate y postra el ánimo; el Angel le levanta y fortifica; pero ¡con qué vigor! ¡con qué uncion! ¡con qué

energía! A su sombra reviven las virtudes, se afianza la fé, brota la esperanza, se arraigan la caridad, la humildad y la paciencia; se calma la agitación, se tranquiliza el espíritu, deja los lazos de la carne; y en compañía de este seguro conductor hace el viaje al país de la inmortalidad.

¡Dichosa el alma á quien el Angel no desampara hasta el trono de Dios, y en presencia de este supremo Juez aboga por su recomendada! No saldrá reprobada en el tribunal de la justicia la que lleva á su lado un patrono de tanto poder, de tanta misericordia. ¡Qué alegría para el Angel poder llevar de la mano á su cliente, introducirle en el palacio del Rey, sentarle á su lado, y gozar á una los frutos de su trabajo! ¡Qué bien pagado se dará de su solicitud, viendo logrado el fin de su honrosa comision! Las acciones de gracias que dará el alma á este fiel consejero no caben en la expresion de la lengua; se le querrá humillar, abrazarle, postrarse á sus piés y besarlo mil veces; pero ya no estará en estado de dependencia, ya no le mirará como patrono y tutor; le mirará como hermano, como amigo y compañero, sentado á la misma mesa, con los mismos honores, con la misma corona, con la misma gloria y felicidad esencial.

¡Ojalá, hermanos míos, que seamos del número de los felices á quienes el Angel custodio conduzca á la posesion y fruicion del sumo bien! ¡Ojalá, que siguiendo las inspiraciones de este sábio maestro no declinemos á la siniestra del vicio! Mas ¡ay de mí! que temo y con fundamento, que ha de haber muchos sordos á las inspiraciones del Angel, rebeldes á sus consejos, ciegos al resplandor de su luz, y que, seguramente, contristarán y llenarán de allicion el ánimo de este singular bienhechor. Si este espíritu glorificado fuese capaz de sentimiento, ¡cuál seria su dolor y su pena al ver, que por más que trabaje suda en vano, y por más que golpée dá en dura piedra! Dame cuenta, dirá el Señor al Angel, dame cuenta de tu comision y de tu encargo. ¡Ah! Señor, Vos sabéis mi solicitud y vigilancia. Yo no pude hacer más de lo que hice: la fealdad del pecado, sus funestas consecuencias, la brevedad de la vida, la eternidad del Infierno, todo se lo pinté con los más vivos colores; pero, un corazón endurecido, un espíritu iluso, una voluntad estragada, unas potencias perdidas, un interés que le cegaba, una ambición que le enloquecía, una concupiscencia que le dementaba, y unas pasiones que le embrutecian, no dieron lugar al desengaño; y si se ha perdido, en su dureza ha estado toda la culpa. ¡Tristes de nosotros, carísimos hermanos míos, si algun día oyésemos estas amargas quejas, estas justificadas reconvenções de boca del Angel! No permita el

Cielo que desmerezcamos el valimiento de nuestro amantísimo protector. En todas partes nos habla: oigamos su dulce voz; en todas partes nos mira: tomemos su severa presencia; en todas partes nos guarda y nos protege: démosle gracias por su beneficencia: y estemos seguros, que este espíritu poderoso, será nuestro defensor en todos los eventos de nuestra vida, si sabemos obligarle; é igualmente lo será cuando más lo necesitamos, que es en el lance supremo de nuestra muerte: entónces consolará nuestros trabajos, aliviará nuestras penas, esforzará nuestra flaqueza, alentará nuestra esperanza, nos alcanzará la gracia, y nos introducirá en el reino de la gloria. Así sea.

PANEGÍRICO
DE SAN ANSELMO, OBISPO Y DOCTOR.

Et ipse dedit quosdam.... pastores et doctores, ad consummationem sanctorum in opus ministerii.

Para la santificación de los fieles, Dios ha constituido á algunos... pastores y doctores para obrar en el ministerio divino.

(EccI. II, 4.)

Quando me pongo á considerar la historia de la Iglesia, las épocas tan difíciles y escabrosas que ha tenido que ir atravesando; las pruebas por las cuales Dios ha querido que pase, y la asistencia continua del Espíritu Santo, que jamás la ha abandonado, ni abandonará; un vivo y penetrante sentimiento de agradecimiento y de admiración para con Dios se apodera de mi corazón, y prosternado ante su augusto trono, exclamo con el Rey profeta: «Bendito sea Dios, porque no ha permitido que mis ruegos se aparten de mí, ni que su misericordia me falte.» Y esta exclamación, que mi corazón profiere, es propia de todo hijo de nuestra santa madre la Iglesia, puesto que sus consuelos son nuestro consuelo, sus gozos nuestros gozos. Así como nosotros sufrimos cuando ella sufre, y penamos cuando ella padece, propio es de todos nosotros, de todo hijo fiel y amante de nuestra santa madre, el regocijarnos en el Señor, cuando hallándose la Iglesia en sus mayores apuros le envía socorros que la consuelen.

Conocida debe seros, amados oyentes míos, la edad llamada Media; época de transición entre la barbarie, que asoló el imperio romano, y la civilización ó renacimiento de la cultura. Las costumbres en aquel tiempo eran feroces; la instrucción nula en el pueblo; todo se hallaba trastornado; la sociedad humana semejava á un inmenso campo de escombros; la unidad política había desaparecido; ese imponente y profundo entusiasmo por Roma, la ciudad imperial del

universo, quedó sepultado bajo las ruinas del imperio. No existía, pues, la unidad política, y cada provincia del antiguo imperio romano se esforzaba en reconstituirse y hacerse un reino independiente. Es fácil hacerse cargo del choque continuo de intereses, que se rozaban demasiado para no lastimarse; y los pueblos estaban sobrado indómitos, para no resentirse de las heridas que recibían. De ahí aquellas guerras civiles de pueblo á pueblo, de ciudad á ciudad, de reino á reino, de soberano á soberano; guerras mortíferas, crueles, bárbaras, atroces, desoladoras; guerras que nunca se acababan, que renacían incesantemente, y que vemos prolongadas por espacio de cuatro, seis y más siglos.

Esta época de transición comprende desde el siglo y hasta el XIV inclusive, diez siglos de agonía social, durante los cuales una sola cosa vivía: *la fé católica, apostólica, romana*. Y éste ha sido el germen que la divina Providencia había sembrado, plantado y arraigado hondamente en los senos de la humanidad, para salvar la sociedad entera, y, en especial, la sociedad europea. Digámoslo con noble orgullo, con ambición gloriosa; sin la santa Iglesia católica, apostólica romana, la Europa sería hoy un país más bárbaro que los más bárbaros del Africa.

Hacia el medio de esta época de transición social floreció nuestro ilustre Anselmo, gloria del Piemonte, honor de la Inglaterra y ornamento de la Iglesia universal; héroe noble por su nacimiento, cultísimo por su educación y profunda erudición, grande en ingenio, magnánimo de corazón, varón fuerte, ministro fiel, vasallo humilde, sacerdote celoso; austero en sus costumbres, tierno y dulce en su trato, ferventísimo en la piedad, devotísimo de María, y exactísimo en el cumplimiento de sus cargos. Tal es el digno objeto de vuestra veneración y culto en este día. El glorioso S. Anselmo consoló á la entonces alligada Iglesia, por sus virtudes heroicas, por su constancia en sostener sus derechos y por su profundo saber. Motivos por los cuales nuestra santa madre la Iglesia, no solo le ha colocado en el número de sus santos, sino en el de sus doctores y padres. Ved ahí el objeto de mi discurso. *A. M.*

La Iglesia de nuestro Señor Jesucristo debía pasar por pruebas terribles, y, por lo tanto, debía recibir proporcionados consuelos; y esto es lo que ha sucedido perennemente, y sin que jamás haya habido lugar á excepción sobre este punto. ¿Herodes, quiere perseguir al divino infante, y para no errar el golpe, hace degollar multitud de niños apenas nacidos á la vida? Una nube de angelitos sube de

Belén hacía el Cielo como primicias de la sangre del Cordero. ¿Los emperadores romanos y los potentados todos, persiguen de muerte á todos los cristianos, sin perdonar edad ni sexo, nobleza ni saber? Millares de mártires riegan el campo fértil de la Iglesia, y dá más que ciento por uno; con la corona del martirio sus almas vuelan al Cielo, con su sangre escriben con caracteres indelebles la prueba de la divinidad de nuestra religion. ¿Amenazan un Diocleciano, un Maximiano horrar de la tierra el nombre de Cristo, por medio de una persecucion la más bárbara de cuantas han conocido los fastos de la humanidad? Un Constantino el Grande está ya preparado, que consolará sobreabundantemente á la Iglesia de Jesús. ¿Armó la divina justicia el brazo de un Atila, é hizo desprenderse de las inmensas cordilleras del Himalaya y del Cáucaso, aquel enjambre de bárbaros, cuya mision parecia ser el castigar la osadia de los herejes, la corrupcion del imperio romano? La divina misericordia tenia ya preparado de antemano un S. Leon el Grande, que debía detener y hacer volver atrás á ese torrente devastador, cuyas ondas avanzaban muellemente, más bien para fecundar que para destruir. ¿La ignorancia, la barbárie, la anarquia social debian invadir las hermosas provincias del imperio romano? Una generacion de hombres ilustres por su santidad, por su saber, y por su ascendiente social, estaba ya preparada en los designios de la divina misericordia. Y vednos ya, católicos, colocados en el terreno y en la época que fueron teatro de las virtudes heroicas, de la constancia y de la sabiduria de nuestro glorioso S. Anselmo. Nada nos probará tan eficazmente lo que fué nuestro Santo, lo árduo y difícil de aquella época, como la narracion sencilla de los principales hechos y circunstancias de su vida.

Anselmo nació en Aosto de Piamonte, hácia el año de 1033. Hijo dócil de una madre piadosa á quien tiernamente amaba, escuchaba con el mayor interés cuanto ésta le enseñaba tocante á la religion y á la piedad cristiana. Púsose á estudiar desde muy jóven, haciendo adelantos prodigiosos. A los quince años de edad pensó seriamente en el estado de vida que debía abrazar, y conociendo los peligros del mundo, se decidió por el estado religioso. Dirigióse para ello á un abad, quien por temor á su padre no se atrevió á admitirlo en su convento, pasándose asi algunos años de sucesos diversos, ántes que nuestro jóven Anselmo pudiese realizar su proyecto. La muerte de su padre le hizo pensar de nuevo en el estado de vida que debía emprender, y aconsejado por el santo arzobispo Maurillo, se resolvió á tomar el hábito religioso en el convento de Bec, en la Normandía, dedicándose al cultivo de la virtud y al estudio de la religion. Pasa-

dos tres años del ingreso de Anselmo en la religion, durante los cuales tuvo por maestro al célebre Laufranco, abad del monasterio, fué nombrado Anselmo prior del convento de Bec. El jóven prior tuvo mucho que sufrir; pero con la prudencia, dulzura y paciencia se adquirió el amor de todos, é hizo ver que estas virtudes eran muy superiores á su edad, y que Dios le tenia destinado para cosas mayores.

El grande cuidado que Anselmo ponía en el gobierno de su convento no le embarazaba el estudio á que se dedicaba. Se aplicó mucho á la inteligencia de las sagradas Escrituras, haciendo un estudio formal de ellas y de los santos Padres que las interpretan, para poder defender las verdades de la religion cristiana y contestar á los argumentos de sus impugnadores. Escribió varias obras, que le merecieron grande reputacion de sábio, y que se le consultase como á una autoridad doctrinal sobre puntos teológicos.

En el año de 1078, en que murió Herjuino, abad entónces del monasterio de Bec, Anselmo fué electo para este cargo. Esta dignidad, junto con su mucho saber y virtud, hacía que vinieran, aún de partes muy remotas, una muchedumbre, que se gloriaban de ser discípulos suyos. Como la abadia de Bec poseía algunos terrenos en Inglaterra, solia Anselmo visitarlos con tanto placer, cuanto que se le proporcionaba pasar algunas temporadas en compañía de su antiguo maestro, abad y amigo, el venerable Laufranco, arzobispo de Cantorbery. En sus excursiones y viajes por Inglaterra, nuestro Santo no solo cuidaba de los negocios de su abadia, y de las necesidades espirituales de los distritos que le estaban anejos, sino que predicaba y exhortaba á la penitencia á los habitantes de Inglaterra. Atrájose de este modo el amor, respeto y veneracion de todos ellos, así como de su rey Guillermo, el Conquistador.

En el año 1092 murió Laufranco, arzobispo de Cantorbery; y después de varias vicisitudes y dificultades, el rey Guillermo II, hijo del Conquistador, nombró á Anselmo para aquel arzobispado. El Santo se resistió á este nombramiento, y estaba muy resuelto á no aceptar: lo uno, por su profunda humildad y amor al retiro del claustro; y lo otro, porque preveía las borrascas que le esperaban, atendidas las desgraciadissimas circunstancias de los tiempos. Pero la nobleza del país, el clero y el pueblo todo, le piciéron tantas y tan vivas instancias, que creyó ser la voluntad de Dios que aceptára la eleccion que se habia hecho de él; y tomó, en fin, posesion de esta grande dignidad y prelatura, que no solo le hacia primado de la Inglaterra, Irlanda y Escocia, sino que le investia de uno de los más

principales y ricos señores del reino. No consintió, sin embargo, en recibir esta dignidad, sino después de habersele dado palabra de reintegrar á su nueva Iglesia primacial en todas sus rentas y bienes de que se la había despojado, después de la muerte del siervo de Dios el venerable Laufranco, y de permitir la celebracion de un concilio nacional, de que necesitaba mucho la disciplina eclesiástica.

Aquí principiaron las persecuciones contra Anselmo, y este fué el campo de batalla de toda su vida. El poder temporal queria absorber, ó al ménos avasallar al poder espiritual; ciertos principes querian gobernar la Iglesia del mismo modo y con el mismo derecho que sus Estados. Como los prelados, al mismo tiempo que ejercian su ministerio, ó dignidad eclesiástica, eran tambien vasallos de los principes, éstos se arrogaban una autoridad omnipotente sobre aquéllos, pretendiendo que lo eclesiástico no era sino accesorio de lo civil, y que estando sujeta al principe la persona civil del prelado, lo debia tambien estar la eclesiástica. Como veis, este error no es de ayer, data de muchos siglos. Por otra parte, los obispos y prelados eclesiásticos, así como las corporaciones eclesiásticas, poseian inmensos feudos, señoríos y propiedades. Los obispos eran, realmente, y al mismo tiempo, prelados y magnates del Estado. Los magnates ó señores debian prestar juramento de homenaje al rey ó soberano temporal, en cuyo reino estaba situado su señorío, condado ó dominio. De ahí la pretension de los gobiernos temporales en la Edad media, de suponerse los *coladores* ordinarios de la dignidad, obispado, prelacia, prebenda eclesiástica, puesto que conferian, en virtud de su autoridad, el señorío, condado, dominio temporal. Ved ahí, amados oyentes míos, un bosquejo de la tan célebre cuanto funesta cuestion de la investidura.

Y digo funesta, por las desastrosas consecuencias que ha tenido esta lucha de la Edad media. Y en efecto; si los principes temporales tuvieran el derecho de conferir todas las prebendas eclesiásticas, todos los obispados, y aún hasta el Pontificado supremo, la independencia de la Iglesia desapareceria, los obispos no serian sino unos meros oficiales asalariados por el soberano, unos empleados dependientes de su voluntad. Se pretendia, pues, atacar una de las principales prerrogativas de la Iglesia, hacerla vasalla; de sociedad celestial, se queria convertirla en sociedad terrena. Aún no era esto todo ni lo peor; aquellos de los principes temporales, que se declararon contra la Iglesia, no se contentaron con querer arrogarse el nombramiento y colacion de las prebendas eclesiásticas, se levantaban además con un dominio absoluto sobre los bienes de la Iglesia; y

de ahí sus conatos en despojarla de ellos, de apropiarse sus rentas y de administrarlas por sí mismos.

Guillermo II rey de Inglaterra queria apoderarse por vias ilegales de todos los bienes de la Iglesia en Inglaterra. Apenas nombró á nuestro Santo arzobispo de Cantorbery, cuando le intimó su voluntad de, no solo rendirle homenaje como vasallo, sino de reconocer en él el derecho de investidura. Pidióle además sumas considerables, no como dón gratuito, sino como un derecho de justicia y de dominio sobre los cuantiosos bienes de que disponia el señorío afecto á la dignidad de arzobispo de Cantorbery. Nuestro Santo prestó de muy buen corazon su juramento de homenaje como vasallo, y dió como por via de donativo, enteramente voluntario y gratuito, quinientas libras, suma considerable para aquellos tiempos; y este donativo lo hacia en atencion á la penuria del real erario. Pero se resistió abiertamente á reconocer en el rey Guillermo los derechos de investidura pontifical, y el dominio que él se arrogaba respecto de los bienes de la Iglesia. Apoyó su resistencia en sabias y sentidas razones sacadas de las sagradas Escrituras, de los Cánones, de los Concilios, de las Decretales de los sumos Pontífices, de los santos Padres, y, sobre todo, de la tradicion eclesiástica.

Una vez dado un paso en falso, é interesado el amor propio en él, difícil es volver atrás. Muy al contrario, un abismo conduce á otro abismo; y el hombre, una vez desbordado, vá de precipicio en precipicio. Así sucedió con el rey Guillermo. Muy lejos de rendirse á las justas, humildes y sólidas razones de nuestro Santo, creyó ver en éste un enemigo peligroso, y solo meditaba ya como perseguirle y deshacerse de él á toda costa. El Santo, queriendo proveer de remedio á los males de la Iglesia en Inglaterra, apenas tomó posesion de su alta dignidad, trató de celebrar un concilio nacional de todos los obispos de Inglaterra, Irlanda y Escocia. Pero el rey Guillermo, faltando á la palabra que tenia empeñada de permitir y aún promover la celebracion de estas santas asambleas, no solo se resistió á la reunion del sínodo nacional, sino que tomó de aquí pretexto para perseguir á Anselmo y á los demás prelados, que él calumniaba de conjurados contra el poder real. Grandes fueron los disgustos ocasionados por los ministros del rey Guillermo á nuestro Santo. Y para más afligirle, atormentaban é inquietaban de mil maneras, y con mil estratagemas diabólicas, á todo el vastísimo y florecientísimo arzobispado de Cantorbery. Nuestro Santo insistió porque se le admitiese la dimision de su dignidad; mas el santísimo papa Urbano II no quiso admitírsela. Pero, viendo el Santo cuánto sufría su vasti-

sima diócesis por causa suya, despues de haber agotado todos los medios de suavidad, reconciliacion y persuasion para con el rey Guillermo, cada día más extraviado y tenaz, prévia consulta y autorizacion del Papa, se ausentó de Cantorbéry y se retiró á las Galias.

Allí, en su retiro, escribió muchos y sábios tratados en defensa de la jurisdiccion de la Iglesia; concluyó varias obras que solo tenia como en bosquejo; emprendió y terminó otras sobre puntos interesantísimos de la sagrada Escritura, teología y disciplina eclesiástica. Todo lo escribía con tino, con una claridad, con una erudiccion tan vasta y un lenguaje tan puro, que no se dudó, ni aún desde un principio, que el Espíritu Santo guiaba su pluma. Su fama y nombradía creció con sus persecuciones; y los escritos que se consideraban justísimamente como partos de un ingenio sublime, de una alma eminente y santa, y de un corazon tierno y piadoso, le adquirieron muy en breve el título y la gloria de doctor de la Iglesia. Los sábios, los obispos, los prelados, los cardenales, los reyes y príncipes católicos, y aún hasta la Santa Sede, le consultaban sobre toda materia importante, ¡Cuánto inexcrutables son los planes de la divina Providencia! Utilísima era sin duda la presencia de Anselmo en su diócesis de Cantorbéry; pero, humanamente hablando, no hubiera podido aplicarse tan asiduamente á la literatura sagrada y eclesiástica como le vacaba el hacerlo en su retiro.

El papa Urbano II, como padre universal de todos los fieles, quiso dirimir las controversias entre los doctores de la Iglesia latina y los Padres de la Iglesia griega, tocante al misterio de la santísima Trinidad, y convocó en Bari un concilio numeroso de Padres de ambas Iglesias. llamando á nuestro Anselmo para que ilustrase con su profundo saber los puntos que se iban á tocar. En efecto, en la cuestion que se propuso en aquel concilio, sobre si el Espíritu Santo procede solo del Padre, ó si tambien procede del Hijo, pronunció Anselmo un discurso tan lleno de fuego y de ciencia, que dejó convencidos á todos cuantos lo oyeron, de que la procesion del Espíritu Santo, no solo viene del Padre, sino tambien del Hijo; quedando decidido este punto de fé en aquel concilio entre griegos y latinos. Se trató tambien en este concilio, sobre la usurpacion que Guillermo hacia de la jurisdiccion espiritual y de los bienes eclesiásticos de Inglaterra; y ya iba el Papa á fulminar el anatema contra aquel monarca, cuando se arrojó S. Anselmo en medio del concilio, y suplicó encarecidamente al Papa suspendiese por algun tiempo aquella censura, esperando poder convertir todavia al rey Guillermo.

Concluido este concilio, fué S. Anselmo á Roma, porque el papa

Urbano no pudo decidirse á desprenderse de él; y así fué que lo guardó en su compañía durante mucho tiempo, asistiendo á varios concilios que se celebraron; hasta que en el año 1099 pudo conseguir se le permitiese regresar á su retiro; y compuso en esta época el famoso libro sobre *la Concepcion de María y el pecado original*, en donde declara inmune y concebida sin mancha alguna, ni aún la original, á nuestra santísima Madre la Virgen, siendo así uno de los más ilustres, ó sin duda el más ilustre campeon de la defensa de este gran misterio de María. Por fin, despues de muchas y varias vicisitudes, en que se dejó ver más y más la constancia y santidad de nuestro Santo, fué restituido á su silla de Cantorbéry en el año de 1107, con gran aplauso y gozo de todos.

Dos años solamente sobrevivió nuestro Santo á tan fausto y satisfactorio acontecimiento. Su salud estaba quebrantada por unos calenturas intermitentes que le debilitaron y consumieron, hasta que lleno de méritos y de servicios prestados á la Iglesia universal, á su rebaño y diócesis en particular, y á su patria, murió sobre un lecho de cilicios y ceniza en Cantorbéry, el 21 de abril del año de 1109, miércoles santo en aquel año, á los setenta y seis años de su vida y diez y seis de su promocion al primado de Cantorbéry.

Bendigamos amados míos en el Señor, una y mil veces, ahora y para siempre, á Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque consoló á su Iglesia afligida por la barbárie y la ignorancia de muchos de sus hijos con darle un Anselmo, que con sus luces dispisep la ignorancia y defendiera, aún á costa de todo lo que más podia amar en este mundo, sus derechos y divinas prerogativas. Católicos, cuando la Iglesia nuestra madre propone á nuestra veneracion el culto de un Santo, dos son sus maternales intentos; quiere, primeramente, que implemós en nuestras necesidades el patrocinio de este Santo; en segundo lugar, quiere que nosotros imitemos sus virtudes y sigamos sus huellas. Pues bien, católicos; en los escritos del grande Anselmo se ve pintada su noble alma, su amante corazon; se ve escrita una doctrina celestial divina; pidamos fervientemente al Señor, erie en nosotros un corazon como el de Anselmo, que reforme nuestra gima para perfeccionarla al igual de la de Anselmo, y que haga dócil nuestro entendimiento, para conocer y seguir la doctrina de este grande é ilustre doctor de la Iglesia.

Y vos, angusto Santo, que á un tiempo fuisteis espejo de santidad y lumbrera de los fieles, alcanzados del trono de las misericordias el dón de practicar las virtudes que tan santo os hicieron, el dón de entendimiento para conocer las verdades que nos enseñasteis, y la

docilidad para conformar nuestra conducta á tan sanas lecciones. Muro de bronce fuisteis para defender los sagrados intereses del Dios de Israel, de la santa esposa de Jesús: alcanzadnos del mismo Señor fortaleza para defender la virtud contra los ataques del vicio, y nuestra alma contra los asaltos del mundo, del demonio y de la carne, para que logremos todos la gloria que nos está preparada en el Cielo.

PANEGÍRICO
DE SAN ANTOLIN.

*Qui odit animum suum in hoc mundo,
in vitam æternam custodit eam.
El que aborrece su alma en este mundo,
la conserva para la vida eterna.*

(JOANN. 12. v. 25.)

Yo no sé, ciertamente, porque son tan ponderados los progresos de la razón, y cuáles sean las luces tan decantadas de nuestro siglo. No negaré, ántes estoy bien convencido, de que estamos al alcance de fenómenos que ni aún llegaron á sospechar nuestros abuelos: mas no sé que por ello adelantemos un paso en el conocimiento de la verdad, ántes descubro un empeño cada vez más decidido en establecer el imperio del error y de la mentira; veo cambiadas las ideas de las cosas; veo á ciertos hombres de talento, obstinados en persuadir á los demás, que aseguran su felicidad por el camino que ha conducido á la miseria á cuantos le han seguido, y que son infelices los que se declaran por el partido de la virtud, cuando sin ella es inasquible la bienaventuranza. Oigo á la verdad eterna, que cuantos tratan de dar una completa satisfacción á sus pasiones, desconociendo el imperio de la ley, experimentan, á lo más por un momento, las falaces delicias de un sueño lisonjero; pero que al punto despiertan, y se hallan vacíos de todo bien, y llenos para siempre de amargura, de tristeza, de dolor; y veo, que los que tienen la fortaleza necesaria para resistir á los perversos deseos de su corazón, son los únicos que llegan á disfrutar la felicidad verdadera; que por un momento de tristeza aparente consiguen el efectivo júbilo de una eternidad; y que esforzándose en llevar con firmeza las privaciones y trabajos de la vida, y arrostrar, si es necesario, el rigor de una muerte cruel, se aseguran una existencia inmortal y gloriosa.

Por esta razon seria de desear, que imitando la conducta del santo mártir, cuya memoria celebramos, adquiriésemos esta prudente fortaleza con la que, y con el sacrificio de nuestra comodidad, y aún de nuestra vida, resistiéramos vigorosamente al enemigo, para hacernos acreedores á la corona de este santo. Al presentaros en el ilustre mártir S. Antolin el más perfecto modelo de esa virtud cristiana, que nos hace despreciar los mayores peligros, cuando se trata de la gloria de nuestro Dios; espero del Señor, que le infundió el don de aquella heroica y prudente fortaleza con que arrojó la pobreza, la ignominia, la mortificación y la muerte, se dignará concederme á mí el de sabiduria, que me es absolutamente necesario para persuadirlos. Pidámosle rendidamente esta gracia por la intercesion de la Reina soberana de los ángeles. *A. M.*

¡Ay de aquellos, que trastornando néciamente las ideas de las cosas y mudando sus nombres, llaman malo á lo que es positivamente bueno, y atribuyen la bondad á lo que en realidad es malo! Tal ha sido y será siempre el espíritu del mundo; y solo así ha podido formar tantos prosélitos para el vicio, y tantos apologistas de la mentira, haciéndoles increíble la verdad y odiosa la virtud. Uno de los errores más funestos que al intento ha difundido en la sociedad, ha sido el engrandecer con el nombre de fortaleza, y aún de heroismo, á la vil cobardía, llamando, por el contrario, debilidad á la fortaleza más heroica. No es valor, es sí una indigna flaqueza, el entregarse un hombre á la muerte por no soportar las incomodidades de la vida; el verdadero valor se manifiesta en la constante resignacion con que se sufre todo género de males, sin excluir la muerte, por no consentir en una vileza que necesariamente habia de degradarle. Esta fué siempre la conducta de Antolin, segun las escasas noticias que da su vida nos conserva la tradicion; de cuyos hechos no juzgo prudente hacer una relacion individual, asi por su oscuridad, como por haberse repetido, y con más acierto que yo pudiera hacerlo, innumerables veces desde esta cátedra en este mismo dia. No podemos asegurar el año, ni aún el siglo, el pueblo ni casi la nacion en que tuvo principio su vida; pero yo no tengo inconveniente en asegurar que sus virtudes fueron sublimes; que Antolin fué un héroe esclarecido del Evangelio, puesto que la noticia de su heroismo se atrás la admiracion, el amor universal. No sabemos á punto fijo el lugar de su nacimiento; pero la mayor parte de las naciones cristianas se disputan á porfia la gloria de haberle dado el sér. La Asiria, la Francia, la España; todas se atribuyen este honor: competencia que demues-

tra con claridad el relevante mérito de Antolin. No acontece así con aquellos hombres, que han oscurecido con sus vicios la gloria que pudieran adquirir por medio de algunos rasgos imperfectos de valor y de virtud. Al oír la infamia que lleva consigo su nombre, nadie quiere afeár su reputacion con tan horrorosa mancha; y el pueblo, que no puede borrar el monstruo del catálogo de sus hijos, se ruboriza oyendo su nombre, y hace los mayores esfuerzos por sepultar en el olvido la desgracia de haberle dado la vida. Bien sé, que un mismo suelo produce la planta más amarga y la fruta más regalada, el alimento más saludable y el veneno más activo; sé, igualmente, que no es motivo para que se avergüence de haber producido los hombres más criminales, el pueblo que manifiesta en sus obras, que detesta sinceramente sus crímenes; y que, por el contrario, debe llenarse de confusion el que, gloriándose de haber producido los héroes, no procura imitar las virtudes con que merecieron aquellos este nombre; nada de esto se me oculta: pero, sin proponerme á censurar esta piadosa competencia, con que en una absoluta incertidumbre del origen verdadero de los héroes, aspira cada provincia, fundada en levisimas conjeturas, á la gloria de ser su madre: ¿qué es, pregunto, lo que tanto admiraron en Antolin esas naciones, que así encendió en su corazon el deseo de tenerlo por hijo? ¿El ser descendiente de reyes? pero no disputan con tanto anhelo acerca del origen de sus progenitores y verdugos. ¿El haber acrecentado su poder, arrebatando contra todas las leyes de la justicia la vida á millares de hombres por añadir á su imperio algun nuevo pueblo? más, ¿cómo atropellar los derechos fundados en la justicia, el que todo lo mira con indiferencia, el que todo lo desprecia, el que todo lo renuncia por no faltar á su deber?

No me admira que Roma tuviera sus héroes, haciendo palpar á todos los excesivos honores y recompensas con que sabia remunerar el heroismo. Los premios que ofrece á los suyos la religion divina son del todo invisibles en este mundo; y, sin embargo, en una edad en que apenas el hombre se diferencia del bruto; cuando incapaz de una madura reflexion, nada le mueve sino lo presente, nada le deleita sino lo sensible; constituido Antolin, no ya en una triste horfandad, sino bajo el yugo cruel de un tutor desapiadado, enemigo declarado de su religion, no era creíble que resistiese, en tan tierna edad, á la seducción, á los halagos, á las amenazas; pero la Providencia, que habia depositado en aquella grande alma la fecunda semilla de la virtud, quiso hacer público, que á ella pertenece darle incremento; y en unas circunstancias en que la naturaleza es dé-

bil por sí misma, débil la razon, y natural la timidez. Antolin dá pruebas de una rara y extraordinaria fortaleza. Conociendo que debe obedecer á su Criador antes que á las criaturas, resuelve con la mayor firmeza no faltar á una sola de sus obligaciones para con aquél, aunque se conjurase contra sí el furor de aquellas. El miedo de perder las comodidades, los regalos, los honores, la opulencia, la felicidad temporal, que pudiera prometerse en el real palacio; el peligro de verse abandonado, destituido de todo género de auxilios, perseguido, atormentado; nada le detiene, nada le acobarda; despreciándolo todo, busca el mismo todas estas incomodidades; y como la roca elevada en medio del mar, permanece inalterable, en tanto que pasa la borrasca; así la heroica firmeza de Antolin supera la terrible resistencia que se le opondrá, y aún se acrecienta cuanto más furiosos son los embates. Abandona con gusto cuanto pudiera lisonjearle en el palacio de Teodorico, y huye á un áspero desierto, por no manchar su alma con el infame crimen de la irreligion á que le incitaba cuanto veía cerca de sí.

Recordemos, señores, nuestros días pasados; examinemos nuestro corazón al presente. ¿Se necesitan tentaciones tan violentas para rendirnos? ¡Ay! ¿por dónde se ha introducido en España el fuego de la incredulidad, sino por la suma debilidad con que la juventud, la adolescencia, y aún la ancianidad se rinden al menor impulso, cedon á la más leve tentacion, y en lugar de resistir al enemigo, se ofrecen voluntariamente á su servicio? Los que hacen alarde de su piedad, los que lamentan los peligros y derraman tan copioso llanto por lo debilitada que está la fé; ¿resistirían á unas pruebas semejantes á aquellas con que experimentó el Señor la constancia de nuestro niño? ¡Ay! que al través de sus lágrimas, oraciones y devocion, se descubren, por desgracia, la vanidad, el desorden, el lujo, la ira y otros vicios. ¿Qué sería, pues, de nosotros, si para conservar esta divina religion que tan justamente profesamos, se nos obligara á mortificar todos nuestros deseos, privarnos de todas las comodidades que ofrece el mundo, y someternos á las mayores molestias y privaciones? Porque no creais que Antolin se dá por satisfecho con privarse de la compañía de sus tutores, y de la felicidad temporal que debiera disfrutar en su casa: si en la niñez tuvo el valor de renunciar á tantas delicias, ¿qué no hará cuando robustecida la razon, pesa con una prudencia reflexiva sus verdaderos intereses? Si acostumbrado á una vida tan cómoda se desprende de todo con tal generosidad, ¿qué no hará despues de veinte y dos años empleados en las mortificaciones y austeridades del yermo? Si ro-

deado de infieles empeñados en pervertirle, manifiesta un ánimo tan esforzado, ¿qué no hará despues de haber oido por tanto tiempo los docmentos de unos sábios acostumbrados á conversar siempre con el Señor en la soledad, y despues de haber ejercitado él con tanto celo el ministerio de la palabra, tan árduo en aquella época?

Animado con el éxito feliz de las tentativas que hizo, exponiendo su vida á cada paso por anunciar el Evangelio á los infieles, en medio del furor de las persecuciones, acomete con intrepidez los mayores peligros; vuelve á su patria, predica en su propia casa la religion de Jesucristo, hasta que logra en parte lo que tanto anhelaba. Su celo le condujo á una oscura prison; le cargó de cadenas; le expuso á los rigores del hambre y de la miseria... Cuando en esta disposicion le veo en presenciá de su abuelo y del sucesor en el reino, se me figura ver un Bautista, desplegando una constancia inimitable en presencia de Herodes; un Pedro, animado de la más heroica fortaleza en medio de Jersalén; uno de los principales héroes de la religion, revestido de aquel valor que desplegaban cuando eran presentados en los tribunales de la iniquidad. Yo le veo impávido reprender el crimen, sin reparar en que los criminales tienen una autoridad suprema sobre su vida; y defender con teson en su presencia los derechos del Señor contra las escandalosas violaciones de los hombres. Yo le veo revestido de la más envidiable serenidad en un oscuro calabozo, privado de todo alimento, y oprimido con el peso insostenible de las cadenas. Yo le veo caminar á la muerte lleno de intrepidez, recibir el fiero golpe sin la más leve turbacion, y aprovechar los últimos instantes para desengañar á los infieles, y dar en rostro á los tiranos con la desatinada monstruosidad de tributar honores divinos á los troncos, á las piedras y á los metales. ¡Providencia adorable! ya te dignaste realizar los vivos deseos que, desde sus primeros años, habia manifestado este justo, de rubricar con su sangre el testimonio de su fé; de defender, aún á costa de su vida, la causa de su Dios.

¿Qué enseñanza tan instructiva en estos días desgraciados! la persecucion es más terrible, por lo mismo que es más disimulada. Nuestros tiranos no se contentan con perseguir á Jesucristo; quieren borrar del corazón del hombre la idea de religion y divinidad. Todos, todos los cimientos del edificio religioso se minan sorda, pero incessantemente; y aguardaremos á levantar la voz cuando veamos estallar la mina, y convertirse en escombros el edificio? ¿Nos contentaremos con lamentar en nuestro retiro la pérdida de nuestras comodidades, sin arriesgar nada por salir á la defensa de nuestra religion adorable? Porque crece hasta lo sumo el número y encarni-

zamiento de sus enemigos, cesará en nosotros la obligación de vindicar sus derechos? Porque el error y la impiedad extiendan prodigiosamente su diabólico imperio, ¿dejará de ser para los cristianos un deber indispensable desengañar á los seducidos, precaver el engaño en los incautos, fortalecer á los débiles, y exhortar á los creyentes á conservar en toda su pureza la fé y la religion hasta el último suspiro, y á costa de todos los sacrificios?

En ningún tiempo ha tenido el pueblo fiel mayor necesidad de nuestras instrucciones, necesidad de venerable clero. En los dias de S. Antolin era manifiesta la persecucion del cristianismo; en los nuestros es astutamente disimulada: entónces eran tan raros los cristianos como son ahora frecuentes las victorias de la impiedad; entónces se procuraba persuadir á los hombres, y tal vez de buena fé, que Jesucristo no era Dios, y que no habia otro verdadero sino el que adoraban los idólatras; ahora, con la más depravada intencion, y contra el testimonio de la conciencia, se pretende persuadir á los cristianos, que el hombre obra como el bruto por necesidad, y que no vive más que para satisfacer sus pasiones: nuestro Santo exponia su honor para con el mundo, su comodidad, su subsistencia, y aún su vida; nosotros nada exponemos, ó por decirlo mejor, lo exponemos todo con nuestro criminal silencio.

Mas, aunque así no fuera, aunque nos halláramos en tan criticas circunstancias como san Antolin, ¿seriamos infieles por eso á nuestro deber? ¿Prefeririamos nuestra conservacion á la honra y gloria de nuestro Dios? ¿Temeríamos á la débil criatura más que al Criador omnipotente? ¿ó dudamos ya tambien nosotros del cumplimiento de las divinas promesas? ¡Ea! sacrificuémoslo todo, muramos si es necesario; pero muramos sin envilecernos, muramos con valor en defensa de nuestra divina ley, seguros de que el Señor remunera superabundantemente los servicios que se le hacen, y vuelve ciento por uno de todos los bienes que se renuncian por su amor. Si Antolin se ve despreciado de un principe de la tierra, es engrandecido al momento por el emperador soberano de los Cielos: si es deshonrado de aquél, y arrojado de su presencia, es elevado por éste á la cumbre del honor, adornado con el dón prodigioso de los milagros, favorecido con la presencia de los ángeles que le asisten como á Pedro, y con los más extraordinarios favores de la Providencia. Si se priva del regalo y de la opluencia, es embriagado en un mar de delicias en el ayuno, en la austeridad del desierto, y en los rigores de la mortificacion; si muere, por un momento, á vista de los hombres, es trasladado á la vida verdadera en compañía de los ángeles; si su-

fre una muerte ignominiosa á juicio de los impios, se adquiere un nombre inmortal en el concepto de los fieles en todo el órbe cristiano. Ni la dilatada série de los siglos, ni el ódio encarnizado de los enemigos, ni la dura persecucion que por tanto tiempo ha ejercitado la paciencia de los verdaderos creyentes, nada fué capaz de borrar de la memoria de los hombres el glorioso nombre que adquirió Antolin con su heroica fortaleza. El violento fuego de las persecuciones pudo devorar los escritos en que, para ejemplo de la piadosa posteridad, se quiso perpetuar el recuerdo de sus virtudes; mas nunca consigue destruir la impresion que habian hecho en el corazon de los fieles que las presenciaron ú oyeron. Todas las naciones católicas, que suponen haberlo dado la vida, procuran honrarse con la posesion de sus reliquias: se esmeran en solemnizar su culto; y al ofrecer á nuestra consideracion la sublime gloria que se mereció con la cruel ignominia de su muerte, nos dicen á todos, que procuremos imitarle para poder ser un dia con él eternamente dichosos en el Cielo, que os deseo.